



¿QUÉ HUELE EN MACONDO?: EL OLFATO EN *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*

John Linsky

Teoría literaria avanzada, Profesor Eduardo Camacho

Primavera, 2007

“...y en el aire que había sido el más puro y luminoso de la casa flotaba un insoportable olor de recuerdos podridos.” (*Cien años de Soledad*, 355)

Cualquier filólogo sabe que hay una falta de estudios literarios sobre el olfato debido a su incorporación bastante tardía dentro de la literatura occidental y al desinterés social por el mismo olfato, al que Kant llamaba uno de los “bajos sentidos” y lo que Hegel calificaba como demasiado vinculado con lo material para poder ser disfrutado estéticamente (Rindisbacher *Smell* 17). La nariz empezó a ganar importancia literaria con los primeros modernistas franceses a finales del siglo XIX y a principios del XX. El nuevo interés por este sentido ignorado tiene que ver, como señala Hans J. Rindisbacher, con la importancia del individuo en el psicoanálisis; las nuevas teorías del tiempo y sus asociaciones con la memoria del filósofo Bergson, y los nuevos conocimientos lingüísticos por parte de Saussure. A diferencia de los otros sentidos, como la vista, al olfato le falta un vocabulario particular para poder describir los casi diez mil olores que podemos detectar. Por lo tanto, la incorporación de la sensación olfatoria se muestra difícil tanto para los autores en sus obras como para nosotros en nuestra habla cotidiana. Lo único que nos permite expresar semejantes sensaciones es el empleo de frases como “huele a...” o “el olor de...”. Como señala Rindisbacher, este fenómeno inevitable “...breaks the smooth, authorially controlled surface of realistic texts and refers the reader to the chaos of the very object world that the text is designed to keep in check” (*Sweet* 213).

No obstante, los olores fueron lo suficientemente fuertes como para penetrar en los libros a partir de la segunda mitad del siglo XX; primero a través de la escritura de las clases sociales que trataban de las condiciones higiénicas, médicas y sanitarias y luego a través de obras que se preocupaban por el género, la sexualidad, la sensualidad y lo erótico. Gabriel García Márquez, en su obra maestra *Cien años de soledad*, continúa con la tradición olfatoria a través de amplias descripciones que tienen que ver con los aromas. Dentro de este trabajo analizaremos la manifestación de este sentido mudo cuya presencia hace hincapié en tres temas fundamentales de dicha obra: la sexualidad, la memoria y el industrialismo/capitalismo.

Hay una obvia obsesión por la sexualidad, y sobre todo por el incesto, dentro de *Cien años de soledad*. Los dos fundadores de la estirpe Buendía, José Arcadio Buendía y Úrsula, eran parientes y al casarse empezaron a preocuparse por parir un hijo con cola de cerdo. No obstante, varios personajes del libro no resisten la atracción que sienten por su tía o por su madre y terminan entregándose a la pasión. Ya que el incesto conduce la “tribu” a la extinción o a la erradicación, es necesario que algunos de los Buendía, como José Arcadio hijo, vayan en busca de mujeres de otras familias. Así es como Pilar Ternera, a través de su hijo, llega a ser incorporada simbólicamente dentro de la familia Buendía. El lector conoce a esta adivina después de una escena cargada de alusiones sexuales. Úrsula entra en la habitación de José Arcadio y, sin querer, ve a su hijo desnudo. Como resultado, Úrsula experimenta un complejo de Edipo a la inversa; en vez de ser el niño quien se asusta al ver los genitales de su madre, es la madre la que se asusta al ver el pene gigantesco de su hijo. Como consecuencia, va a casa de Pilar para que le lea el porvenir en la baraja:

“Úrsula le habló de su hijo. Pensaba que su desproporción era algo tan desnaturalizado como la cola de cerdo del primo. La mujer soltó una risa expansiva que repercutió en toda la casa como un reguero de vidrio. ‘Al contrario’, dijo. ‘Será feliz’” (113).

Pero para asegurarse del porvenir, lleva los naipes a la casa de los Buendía y se encierra en una habitación con José Arcadio. Al conocer a esta mujer de mala reputación, huele por primera vez su aroma a humo: “Pero José Arcadio la siguió buscando toda la noche en el olor de humo que ella tenía en las axilas y se le quedó metido debajo del pellejo”

(113). Según Freud, antes de empezar a andar de pie, el hombre a cuatro patas empleaba el olfato para guiarse durante sus encuentros sexuales como los perros siguen haciendo. No obstante, al empezar la bipedestación, el olfato perdió su importancia y la vista llegó a ser el sentido que regula nuestras atracciones sexuales (Rindisbacher *Smell* 13). Como dice Rindisbacher, hablamos del amor a primera vista y no al primer olor (*Sweet* 210). Esta teoría freudiana también explica la razón por la que, según las normas sociales, es el hombre quien huele mientras que la mujer es el objeto olido. Este episodio de deseos eróticos primitivos no ocurre al azar; encaja perfectamente en la estructura de la novela. El estudioso Eduardo Camacho divide y agrupa los capítulos de *Cien años de soledad* en cuanto al motivo, la organización social, la economía, el ámbito mental y el personaje principal. El primer grupo, que engloba desde el segundo capítulo hasta el quinto, se caracteriza por una organización de clan o tribu y por un ámbito mental infantil, primitivo y mitológico. Por tanto, este acto animalístico y primitivo hace hincapié en la estructura social. Más tarde, cuando lleguemos a la estructura burguesa, veremos como estos olores corporales son cubiertos por fragancias manufacturadas, por perfumes.

Al llegar a la casa de Pilar Ternera, José Arcadio encuentra las habitaciones llenas de su olor. El narrador nos dice que “[h]abría podido guiarse por el olor si el olor no hubiera estado en toda la casa, tan engañoso y al mismo tiempo tan definido como había estado siempre en su pellejo” (115). A diferencia de las visiones y los ruidos, los olores se pueden difundir por los espacios, y por tanto ubicarlos puede ser engañoso. No obstante, logra llegar a la fuente de las feromonas, pero pierde interés en la hembra debido al cambio de olor:

“Entonces se confió a aquella mano, y en terrible estado de agotamiento se dejó llevar hasta un lugar sin formas donde le quitaron la ropa y lo zarandearon como un costal de papas y lo voltearon al derecho y al revés, en una oscuridad insondable en la que le sobaban los brazos, donde ya no olía más a mujer, sino a amoníaco, y donde trataba de acordarse del rostro de ella y se encontraba con el rostro de Úrsula, confusamente consciente de que estaba haciendo algo que desde hacía mucho tiempo deseaba que se pudiera hacer, pero que nunca se había imaginado que en realidad se pudiera hacer...” (115).

Ya no huele a mujer sino a algo tan desagradable como amoníaco. El hecho de que su nariz le falle también afecta a su memoria. Sin el olfato ya no puede recordar la cara de

su amante y como consecuencia ve el rostro de su madre. ¿Puede ser que exista una conexión entre Úrsula y esta nueva experiencia olfatoria? Aunque no existe ninguna referencia que asocie a Úrsula con un olor a amoníaco, el lector sabe que es ella la que se encarga de las reformas de la casa Buendía. Así se puede suponer que el amoníaco se refiere a ella ya que es un ingrediente bastante común en los productos de limpieza. Como señala Diane Ackerman, no hay “nada más memorable que un olor. Los olores detonan suavemente en nuestra memoria como minas, ocultos bajo la hierba de muchos años y experiencias” (21). Por lo tanto, este nuevo aroma a amoníaco, que reemplaza el olor a humo, despierta los recuerdos dormidos de su madre que tenía archivados en su memoria.

Cualquier lector de *Cien años de soledad* se daría cuenta del juego de tiempo con que García Márquez construye su novela. Es un tiempo cíclico dentro del cual las mismas acciones se repiten y nada cambia sustancialmente. La estructura temporal de la novela parece, como había señalado Mario Vargas Llosa¹, “un gran círculo compuesto de numerosos círculos, contenidos unos dentro de otros, que se suceden, se superponen y se encabalgan, y que son de diámetros diferentes” (Paoli 990). Pilar Ternera es uno de los personajes que es consciente del tiempo y nos ofrece un resumen perfecto de dicho fenómeno: “...la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje” (525-26). Así que no es sorprendente que haya otros personajes que al oler el humo de las axilas y el pellejo de Pilar, se vuelvan locamente enamorados. De hecho es su propio hijo, Arcadio Buendía (cuyo padre fue José Arcadio hijo) quien la persigue. Sin embargo no sabía que era su madre puesto que él fue llevado a casa de sus abuelos a las dos semanas de haber nacido. Su madre se convierte en una obsesión por haberle “hecho hervir la sangre en el cuarto de daguerrotipia” (212). Como nos informa el narrador (Melquíades): “A pesar de que [Pilar] había perdido sus encantos y el esplendor de su risa, él la buscaba y la encontraba en el rastro de su olor de humo” (212). Parece que Arcadio ha heredado la misma

¹ Citado por Roberto Paoli en su artículo “Carnavalesco y tiempo cíclico en *Cien años de soledad*.” *Revista Iberoamericana*. 50.128-29 (1984): 979-98. Del texto de Mario Vargas Llosa *García Márquez: Historia de un deicidio*. Barcelona: Barral, 1971. p. 550.

sensibilidad olfatoria que caracterizó a su padre e intenta iniciarse en las relaciones sexuales de una manera paralela. Aunque le hubiera gustado complacerle, se niega hacerlo. No es un Buendía por sangre y ,por tanto, no practica el incesto. De todos modos le complace indirectamente a través de una niña que le compra, Santa Sofía de la Piedad. Pero antes de disfrutar de los placeres amorosos, su nariz le informa que no está con Pilar sino con aquella: “Entonces comprendió que no era esa la mujer que esperaba, porque no olía a humo sino a brillantina de florecitas...” (213). Poco a poco entramos en el mundo moderno, un mundo que se preocupa por la higiene y la limpieza. Ya no hay olores corporales naturales sino olores manufacturados. Los personajes no huelen a humo sino a florecitas.

La hija de este nuevo matrimonio entre Arcadio y Santa Sofía se caracteriza por su poderoso olor natural. No es sorprendente que este personaje no intente cubrir sus olores ya que destaca por su inconformidad con las normas. Es un espíritu libre:

“No entendía por qué las mujeres se complicaban la vida con corpiños o pollerines, de modo que se cosió un balandrán de cañamazo que sencillamente se metía por la cabeza y resolvía sin más trámites el problema del vestir, sin quitarle la impresión de estar desnuda, que según ella entendía las cosas era la única forma decente de estar en casa” (343).

No le importan las reglas de su abuela y entra en el comedor lleno de forasteros a quienes les gustaría estar con ella. También le da lo mismo comer en cualquier parte de la casa y a cualquier hora y suele pasar diariamente dos horas completamente desnuda en el baño “matando alacranes mientras se despejaba del denso y prolongado sueño” (345). En cuanto a su fragancia:

“Hombres expertos en trastornos de amor, probados en el mundo entero, afirmaban no haber padecido jamás una ansiedad semejante a la que producía el olor natural de Remedios, la bella. En el corredor de las begonias, en la sala de visitas, en cualquier lugar de la casa, podría señalarse el lugar exacto en que estuvo y el tiempo transcurrido desde que dejó estar. Era un rastro definido, inconfundible, que nadie de la casa podía distinguir porque estaba incorporado desde hacía mucho tiempo a los olores cotidianos, pero que los forasteros identificaban de inmediato” (344).

Ya hemos visto que Arcadio nace con la fuerte percepción olfatoria de su padre. Del mismo modo, Remedios, la bella, nace con una fuerte fragancia corporal como la de su abuela paterna, Pilar Ternera. Como el olor a humo de ésta, el aroma corporal de Remedios, la bella, también excita y vuelve locos a los hombres que intentan, sin éxito, conquistarla. Un forastero está tan obsesionado con ella que pretende mirarla desde el techo mientras que ella está en la bañera. Sin embargo, en vez de encontrarse con Remedios, la bella, se encuentra con la muerte debido a su caída. Lo que nos interesa en cuanto a su muerte es el olor del aceite que sale de su cráneo fracturado:

“Estaba tan compenetrado con el cuerpo, que las grietas del cráneo no manaban sangre sino un aceite ambarino impregnado de aquel perfume secreto, y entonces comprendieron que el olor de Remedios, la bella, seguía torturando a los hombres más allá de la muerte, hasta el polvo de sus huesos” (346).

La exageración, o la hipérbole, es un tropo muy frecuente en la novela y junto con el tiempo cíclico, el retrato de la cultura popular y el enfrentamiento con el orden político, da a la obra un toque carnavalesco. De todos modos la verdad se esconde debajo de estas exageraciones como se ve durante varios momentos de la novela. Lo que algunos llaman el realismo mágico, no es nada más que una verdad exagerada. Pensemos en las lluvias de las flores, o el barco que José Arcadio Buendía encuentra en la mitad de la tierra. Debido a los vientos, en ciertas épocas, caen muchas flores. Asimismo, durante la conquista, los exploradores llevaban barcos por la tierra en busca del Pacífico. En el caso de Remedios, la bella, lo que le pasa es una exageración de la intensidad de sus feromonas. Según Ackerman, estas moléculas son “las bestias de carga de los deseos (el nombre viene de griego *pherein*, cargar y *hormon*, excitar)” (45). Es conveniente señalar que en algunas especies de animales las feromonas son tan “poderosamente eficaces que...desencadenan los mecanismos de ovulación o el cortejo, o bien establecen jerarquías de influencia y poder. Los animales dejan marcas olfativas, a veces con sistemas ingeniosos” (45). El simbolismo animalístico es un tema frecuente en esta obra de García Márquez. La muchacha gitana con quien José Arcadio hace el amor es descrita como “...una ranita lánguida, de senos incipientes y piernas tan delgadas que no le ganaban en diámetro a los brazos de José Arcadio...” (122). Justo después, esta gitana describe el miembro de José Arcadio como un animal en reposo: “Sin proponérselo, la

mujer miró a José Arcadio y examinó con una especie de fervor patético su magnífico animal en reposo” (122). Asimismo, Rebeca, la niña que llega a la casa de los Buendía con el saco de los huesos de sus padres, es descrita de una manera semejante:

“...la india que dormía con ellos despertó por casualidad y oyó un extraño ruido intermitente en el rincón. Se incorporó alarmada, creyendo que había entrado un animal en el cuarto, y entonces vio a Rebeca en el mecedor, chupándose el dedo y con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad” (136).

Los ejemplos de lo animalístico son interminables y funcionan junto con la hipersexualidad para subrayar los otros elementos carnavalescos que ya hemos mencionado anteriormente.

Acabamos de ver como el olor de Remedios, la bella, persigue a los hombres hasta la muerte y ello nos lleva a la asociación entre los malos olores y la muerte. Como señala, Hans J. Rindisbacher, desde los tiempos antiguos, filósofos como Platón y Lucrecio han dividido los olores en dos categorías: “buenos olores” y “malos olores” (11). Rindisbacher, nos recuerda la filosofía freudiana en cuanto a estas dos categorías de olores: “Bad smells signify repulsion, corruption, decay, and ultimately death. The final reference point is the decomposing human body, a universal source of alarm and revulsion” (*Sweet* 211). Es forzoso acordarnos de que, aparte del tiempo cíclico, también hay un tiempo lineal de la historia que empieza con la fundación de Macondo, que sigue con el desarrollo tanto del pueblo como de la estirpe Buendía y que termina con el Apocalipsis, es decir, con la destrucción final de dicha familia. Se funda el pueblo de Macondo a causa de una muerte, el asesinato de Prudencia Aguilar que conlleva el destierro de su asesino, José Arcadio Buendía, y la novela termina con la muerte del último hijo, el bebé con la cola de cerdo. Luego, su padre muere después de descifrar los últimos pergaminos. La destrucción de Macondo y la familia Buendía tiene que ver con la soledad, el incesto y la corrupción por parte de la compañía bananera. Para señalar la destrucción final y la corrupción social, Gabriel García Márquez emplea varios “malos olores”.

En primer lugar, podemos citar el famoso episodio en el que José Arcadio Buendía, hijo, muere. Sucede dentro de su propia casa y su mujer, Rebeca, niega que le haya matado. Como nos cuenta el narrador, es quizá “el único misterio que nunca se

esclareció en Macondo” (234). Después de contar cómo el hilo de sangre recorre todo el pueblo hasta aparecer en la cocina donde está Úrsula, nos describe el olor de pólvora que queda después de la muerte:

“Aunque en los meses siguientes reforzaron la tumba con muros superpuestos y echaron entre ellos ceniza apelmazada, aserrín y cal viva, el cementerio siguió oliendo a pólvora hasta muchos años después, cuando los ingenieros de la compañía bananera recubrieron la sepultura con una coraza de hormigón” (236).

Este aroma hace hincapié tanto en la violencia de las guerras del Coronel Aureliano Buendía como en los disparos de la plaza que acaban con el tren entero lleno de cuerpos muertos. Así, el olor a pólvora también tiene su papel dentro de la recepción del texto. Después de leer la descripción del olor persistente en el cementerio, se despiertan y fluyen por la memoria los recuerdos de lo que se había leído antes sobre las guerras, como si se estuviera oliéndolo de verdad. Por lo tanto, tienen el mismo efecto que las diversas analepsis que nos trasladan del presente al pasado y de las prolepsis que nos llevan a un momento futuro.

Asimismo, hay otra descripción de un cadáver maloliente. Después de la segunda muerte de Melquíades, José Arcadio Buendía prohíbe que le entierren porque piensa que es inmortal. Intenta preservar el cuerpo a través de una mezcla de mercurio que el mismo muerto le había enseñando a hacer. Sin embargo, Don Apolinar Moscote, el primer símbolo de autoridad nacional que llega al pueblo, insiste en que le entierren para no poner en peligro la salud pública:

“...completó las setenta y dos horas de sahumeros mercuriales cuando ya el cadáver empezaba a reventarse en una floración lívida, cuyos silbidos tenues impregnaron la casa de un vapor pestilente” (169).

Esta muerte es bastante significativa. Por una parte, como es la segunda de Melquíades, subraya la importancia de lo religioso. Al ser como Jesús, Melquíades resucita, y también sabe y escribe lo que le va a pasar a la familia Buendía antes de que suceda, como si hubiera creado todo. Por otra parte, es el primer entierro de Macondo y por lo tanto este nuevo “mal” olor, alude a la violencia que va a ocurrir y a la gran muerte final, el Apocalipsis.

Al llegar la tecnología a Macondo, gracias a la construcción del ferrocarril y el establecimiento de la compañía bananera, el lector se da cuenta de que los olores empiezan a cambiar. Como señala Rindisbacher: “The modern fragrance industry leads the colonization of the last sensory realm, the olfactory, and fights its battles on the human body” (23). Esta industria manipula los olores naturales del cuerpo a través de perfumes que inventa. Ya no leemos sobre personajes como Remedios, la bella, o Pillar Ternera, que poseen un fuerte olor propio, sino de personajes que se bañan en líquidos florales. Por ejemplo al regresar de sus “estudios religiosos” en el extranjero, José Arcadio (hijo de Aureliano Segundo y Fernanda) suele disfrutar de las sales bienolientes:

“Antes de bañarse, aromaba la alberca con las sales que llevaba en tres pomos alabastrados. No se hacía abluciones con la totuma, sino que se zambullía en las aguas fragantes y permanecía hasta dos horas flotando bocarriba, adormecido por las frescura y por el recuerdo de Amaranta” (493).

A causa de la soledad, José Arcadio decide invitar a algunos niños a casa para jugar. En una escena bastante homoerótica/pederasta, este personaje vuelve a disfrutar de las aguas fragantes:

“Los cuatro niños mayores, que usaban pantalones cortos a pesar de que ya se asomaban a la adolescencia, se ocupaban de la apariencia personal de José Arcadio. Llegaban más temprano que los otros, y dedicaban la mañana a afeitarlo, a darle masajes con toallas calientes, a cortarle y pulirle las uñas de las manos y los pies, a perfumarlo con agua florida” (497).

Gracias a su estancia en Europa, un continente mucho más desarrollado que Suramérica, y que Macondo desde luego, José Arcadio llega a conocer los lujos higiénicos que antes no existían en su pueblo natal. Es conveniente comentar el episodio en el que Aureliano Babilonia confiesa a su tía Amaranta Úrsula que está enamorado de ella, para impedir que regrese a Europa con su marido, Gastón:

“Le contó cómo se levantaba a medianoche para llorar de desamparo y de rabia en la ropa íntima que ella dejaba secando en el baño. Le contó con cuánta ansiedad le pedía a Nigromanta que chillara como una gata, y sollozara en su oído gastón gastón gastón, y con cuánta astucia saqueaba sus frascos de perfume para encontrarlos en el cuello de las muchachitas que se acostaban por hambre” (522-23).

Aureliano Babilonia no vive en la misma época que su tatarabuelo, José Arcadio Buendía, hijo. Ahora no se encuentra a un amante a través de su olor natural. Ya vive en una sociedad moderna, una sociedad que utiliza los olores para marcar las clases sociales, las condiciones sanitarias, el género, la sexualidad y la sensualidad.

Antes de concluir nuestro estudio de los olores en *Cien años de soledad*, conviene terminar el análisis de la importancia del olfato en cuanto a la memoria, un tema que hemos tocado anteriormente. Como explica Akerman, aunque el enlace entre el olfato y el centro del cerebro que nos proporciona las palabras para describir los olores es bastante débil, el lazo entre el olfato y la memoria es bastante fuerte. Es “un camino que puede llevarnos muy lejos en el tiempo y la distancia” gracias a nuestros recuerdos (23). Asimismo, es el sentido más directo que poseemos ya que no necesita un intérprete: “el efecto es inmediato y no es diluido por el lenguaje, el pensamiento o la traducción” (28). Existen varios momentos en esta novela durante los cuales un olor específico lleva al personaje al pasado a través de un recuerdo. Por ejemplo, Amaranta había hecho un álbum con todas las postales que Pietro Crespi le había enviado. El narrador nos dice que “[a] veces, ante una acuarela de Venecia, la nostalgia transformaba en tibios aromas de flores el olor de fango y mariscos podridos de los canales” (207-08). Del mismo modo, cuando el narrador recrea un recuerdo que Fernanda tiene de su marido, Aureliano Segundo, nos dice:

“En realidad, desde que lo encontró en los baúles de Aureliano Segundo, Fernanda se había puesto muchas veces el apolillado vestido de reina. Cualquiera que la hubiera visto frente al espejo, extasiada en sus propios ademanes monárquicos, habría podido pensar que estaba loca. Pero no lo estaba. Simplemente, había convertido los atuendos reales en una máquina de recordar. La primera vez que se los puso no pudo evitar que se le formara un nudo en el corazón y que los ojos se le llenaran de lágrimas, porque en aquel instante volvió a percibir el olor de betún de las botas del militar que fue a buscarla a su casa para hacerla reina, y el alma se le cristalizó con la nostalgia de los sueños perdidos” (488).

Su recuerdo es acompañado por el olor de las botas de su marido, un olor que juega un papel significativo dentro de la “máquina de recordar” que acaba de crear. Con sólo el aroma de unas botas, puede reconstruir la memoria de un pasado fracasado, un pasado en el que no llegó a ser la reina de Madagascar.

La mayoría de los seres humanos nacemos con los cinco sentidos: la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato. Por lo tanto, nunca llegamos a apreciar el potencial de uno de ellos hasta que lo perdemos. Las personas sin capacidad de disfrutar del olfato o del gusto sufren una enfermedad llamada ansomia (Akerman 62). Aunque Úrsula no pierde dicho sentido, sí pierde la vista. Al quedarse ciega, se da cuenta del poder del olfato puesto que utiliza este sentido para guiarse por la casa y engañar a los demás parientes. El narrador describe su nueva situación a través de los siguientes pasajes:

“Más tarde había de descubrir el auxilio imprevisto de los olores, que se definieron en las tinieblas con una fuerza mucho más convincente que los volúmenes y el color, y la salvaron definitivamente de la vergüenza de una renuncia” (361).

“Sencillamente, mientras los otros andaban descuidadamente por todos lados, ella los vigilaba con sus cuatro sentidos para que nunca la tomaran por sorpresa, y al cabo de algún tiempo descubrió que cada miembro de la familia repetía todos los días, sin darse cuenta, los mismos recorridos, los mismos actos, y que casi repetía las mismas palabras a la misma hora” (361).

“Dejó el comedor impregnado de la penetrante fragancia de agua de florida que ella le echaba en la cabeza para poder seguir su rastro en la casa” (366-67).

Úrsula no sólo juega el papel de la conciencia del tiempo en la novela sino que también es el personaje que se da cuenta del juego del olfato. Más aún, explica el propósito de García Márquez. Podemos suponer que se ha dado cuenta de que el sentido de la vista ha perdido su fuerza tanto en el mundo literario como en el mundo cotidiano. Utilizamos tanto este sentido que es probable que hagamos cosas sin darnos cuenta como los personajes que viven en casa de Úrsula. Del mismo modo llegamos a entender que quizá el olfato es más poderoso que la vista. Ya no es un sentido “bajo”. Ya tiene un lugar dentro de la estética.

En conclusión, hemos visto cómo García Márquez emplea el olfato en *Cien años de soledad* para subrayar los temas de la sexualidad, la memoria y el industrialismo. Al principio los personajes viven en una sociedad marcada por una organización de tribu. Como nuestros antepasados cuadrúpedos, emplean el olfato para llevar a cabo sus deseos sexuales. José Arcadio, hijo, busca a Pilar Ternera siguiendo su olor a humo. Asimismo, los forasteros persiguen a Remedios, la bella, a causa de su fuerte olor corporal. Luego, al

llegar a una sociedad moderna, estos olores corporales naturales son reemplazados por aromas manufacturados, por perfumes, como es el caso de José Arcadio (el hijo de Aureliano Segundo y Fernanda). De igual forma, hemos visto que los “malos olores” hacen hincapié en la destrucción. Dichos aromas simbolizan la decadencia puesto que se asocian con la repulsión, la corrupción, la descomposición y la muerte. Los dos cuerpos muertos, el de Melquíades y el de José Arcadio, hijo, producen los “malos olores” que subrayan y hacen hincapié en el mal estado del pueblo y de la familia. Sin embargo, lo más importante para nuestro análisis es la conexión entre el olfato y la memoria. El tiempo y los recuerdos son las materias primas de esta novela, y a través de los aromas se despiertan los recuerdos dormidos y trasladan a los personajes al pasado. Dicho fenómeno tiene lugar cuando Fernanda huele las botas de su marido y cuando Amaranta ve una acuarela de Venecia de Pietro Crespi. Después de la segunda mitad del siglo XX, empezaron a preocuparse por este sentido ignorado. Los escritores modernistas franceses, como Baudelaire, fueron los primeros en hacer referencia al olfato en sus obras. La nariz ya ha ganado su lugar dentro de la literatura, pero aún queda mucho trabajo para los filólogos en cuanto a estudios que analicen este sentido dentro de la literatura occidental.

Obras Citadas

Ackerman, Diane. *Una historia natural de los sentidos*. Trad. César Aira. Barcelona: Anagrama, 1992.

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Ed. Jacques Joret. Madrid: Cátedra, 2007.

Paoli, Roberto. "Carnavalesco y tiempo cíclico en *Cien años de soledad*." *Revista Iberoamericana*. 50.128-29 (1984): 979-98

Rindisbacher, Hans J. "Sweet Scents and Stench: Traces of Post Modernism in Aldous Huxley's *Brave New World*." *Aldous Huxley Centenary Symposium*. Frankfurt: University of Münster, 1994.

Rindisbacher, Hans J. *The Smell of Books: A Cultural-Historical Study of Olfactory Perception in Literature*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1992.

Obras Consultadas

Botherson, Lee. "Odours as Metaphor in *Bonheur d'occasion*." *Australian Journal of French Studies* 38.2 (2001) : 272-84.

Mattalia, Sonia. "De olores y de cuerpos en Juan Carlos Onetti: Una poética." *La literatura hispanoamericana con los cinco sentidos: Actas del V Congreso Internacional de la AEELH*. La Coruña, España: Universidades de la Coruña, 411-17.